

BREVE HISTORIA DE LOS JUDÍOS

Juan Pedro Caveró Coll



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de los judíos
Autor: © Juan Pedro Cavero Coll
Director de colección: José Luis Ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Nicandwill
Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-143-7
Fecha de edición: Febrero 2011

Printed in Spain
Imprime: Graphycems
Depósito legal: NA-167-2011

*A todos,
y especialmente a los míos.*

Índice

Introducción	13
Capítulo 1. Desde los comienzos (h. s. XIX a. C. - s. I a. C.)	23
La época de los Patriarcas y la formación de Israel	23
Esplendor monárquico: Saúl, David, Salomón	32
Dos reinos hasta la dispersión de las tribus.....	38
Bajo otros imperios: Asiria, Babilonia, Persia, ptolomeos y seléucidas	45
Macabeos y asmoneos, una saga familiar de intereses diferentes.....	51
Capítulo 2. Súbditos molestos del Imperio romano (s. I a. C. - s. V d. C.)	57
Israel, protectorado de Roma.....	57
Por lo menos, peculiares	60
Jesús y sus primeros seguidores	65
Tras luchar contra Roma.....	73

Capítulo 3. Los judíos en la Edad Media: mundo islámico, Ashkenaz y Sefarad (s. v - s. xv).....	85
Visión general	85
Una nueva situación.....	88
Mundo islámico: tolerancia y represión	91
Ashkenaz y otras tierras europeas.....	99
En los reinos cristianos de Sefarad.....	106
Capítulo 4. El tortuoso camino hacia la igualdad ante la ley. Múltiples escenarios y situaciones (s. XVI - ppios. del s. XX).....	117
Intolerancia religiosa y antisemitismo en Sefarad.....	117
Contextos cambiantes en Europa	127
El Imperio otomano, tierra de acogida.....	139
Consecuencias de la <i>Haskalá</i> ('Ilustración')....	143
Opresión y muerte en la Rusia de los zares.....	148
Capítulo 5. Reacciones ante la extensión del antisemitismo (fines del s. XIX y ppios. del XX)	155
Un esfuerzo frustrado.....	155
Europa central y occidental.....	161
Europa oriental	169
El sionismo político	175
América y Palestina, tierras de escape	180
Capítulo 6. El Holocausto (1933-1945)	187
El racismo, punto de partida.....	187
La legitimación del antisemitismo	194
El exterminio sin planificar: hambre, enfermedades, trabajos forzosos, tiros y gas....	203
El exterminio planificado: esclavitud, experimentos y gas.....	214
Supervivientes, culpables, inocentes y justos	228

Capítulo 7. Dentro y fuera de Israel (desde 1945 hasta nuestros días)	243
Israel, casa propia.....	243
El conflicto árabe-israelí: guerra y paz	253
El lento camino hacia la paz entre Israel y el pueblo palestino.....	273
Israel y la diáspora	287
Capítulo 8. Excepcional influencia en la historia universal.....	297
Geoestrategia, proyección política, económica y cultural	297
El vigor de las religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islamismo	303
Excelencia en las ciencias, en las técnicas y en las artes	310
Epílogo	325
Bibliografía.....	329

Introducción

Pronto comenzaremos un viaje a través de distintas épocas, que nos llevará por muy diversos lugares de la Tierra. Nuestro objetivo es conocer la historia del pueblo judío, desde sus comienzos hasta la actualidad. Un recorrido de varios milenios que, como podremos comprobar, guarda multitud de sorpresas por el camino. Aunque puedan parecer marginales, estas páginas introductorias se han escrito para facilitar la comprensión de todo lo que vendrá después. Aconsejamos vivamente, por tanto, su lectura, confiando en que contribuya a valorar mejor el extraordinario patrimonio humano que constituye la historia del pueblo judío.

Buena parte de esa historia repleta de peripecias resulta familiar a cualquier persona medianamente formada e informada. Con frecuencia, medios de comunicación nacionales e internacionales ofrecen reportajes u otras informaciones sobre la vida y las tradiciones del pueblo judío, sobre alguno de sus miembros y, especialmente en los últimos tiempos, sobre el Estado de Israel, patria judía por excelencia y

auténtica fábrica de noticias. Faltan, sin embargo, una visión global y un tratamiento divulgativo de esa historia que, con rigor y sencillez, aporten la claridad imprescindible para entender hechos a menudo complejos y de especial trascendencia. Eso es lo que hemos pretendido con este libro.

Antes de nada y para evitar confusiones, conviene precisar al máximo el lenguaje. Por eso, basándonos en las definiciones que en su *Diccionario* ofrece la Real Academia Española, y teniendo también en cuenta el intrincado proceso histórico, nos será de utilidad conocer desde ahora el significado de una serie de términos que pueden emplearse indistintamente como sustantivos o adjetivos —*hebreo, israelita, judío, israelí*— para comprender el uso que haremos de cada uno de ellos. Aunque la precisión pueda al principio añadir confusión, conforme avancemos la lectura del libro será más sencillo distinguir las acepciones, al habituarnos a ver cada palabra en su adecuado contexto.

Hebreo (del latín *hebraeus*, este del hebreo *‘ibrī* y este quizá del acadio *hapiru [m]*, ‘paria’) se dice del pueblo semítico de procedencia mesopotámica que conquistó y habitó Canaán; ancestros de los judíos, en la actualidad a los hebreos se les confunde con ellos. El término designa hoy también la lengua semítica hablada en Israel y en otras comunidades judías del mundo, empleándose igualmente para calificar o designar a quien profesa la Ley de Moisés.

Israelita (del latín bíblico *israelīta*) era todo habitante del antiguo reino de Israel, a diferencia de *israelí*, que es el gentilicio del moderno Estado de Israel. En la historia bíblica era *israelita* cualquier descendiente de alguno de los doce hijos del patriarca Jacob quien, como afirma el Génesis, recibió de Dios el nombre de Israel (‘el que luchó con Dios’).

Judío (del latín *iudaeus* y este del hebreo *yĕhūdī*) era todo descendiente de Judá (uno de los hijos del

patriarca Jacob) y originario, por tanto, del territorio que a Judá le correspondió y que poblaron sus hijos y los hijos de sus hijos. Del término procederá *Judea*, la montañosa zona meridional de la bíblica *Tierra de Israel*. Como veremos, tras el exilio impuesto por los asirios a diez de las doce tribus de Israel (720 a. C.), que acabó provocando la desaparición de las tribus desterradas, la palabra *judío* se aplicó tanto a los miembros de las dos tribus restantes (Judá y Benjamín) como a su religión. También desde entonces, *Israel* quedó constituido por los descendientes de Judá y de Benjamín.

Vemos, pues, que la sangre es un rasgo distintivo de identidad judía, aunque no el único. Según numerosos autores, el principal vínculo de unión es de carácter religioso, como muestra la historia bíblica y van confirmando estudios de los abundantes hallazgos arqueológicos. Dada, sin embargo, la complejidad del tema, las pasiones que desde hace siglos despierta y la diversidad de opiniones que suscita en la actualidad, ofrecer un panorama completo de la cuestión exige dejar constancia de esa variedad de criterios. No piensan lo mismo los seguidores de las distintas corrientes del judaísmo actual que los agnósticos, los ateos, los judíos bautizados, los escasos judíos que se han hecho musulmanes, los que reniegan de su identidad judía, los sionistas, muchos de los que hoy viven en Israel o tantos y tantos de la diáspora. ¿Quién es, por tanto, judío?

Según las leyes rabínicas tradicionales, aceptadas por judíos ortodoxos y conservadores, la condición judía se transmite por vía materna o a través de un acto religioso. Son, pues, judíos, los hijos de madre judía (y de abuela, bisabuela, tatarabuela y otros ascendientes maternos judíos) con independencia de su religión u otras opciones vitales. A falta de ascendencia judía materna, sería imprescindible la incorporación formal al judaísmo, por considerarse insuficiente el mero asen-

timiento a su contenido teológico o un compromiso exclusivamente interior. Los que aceptan esas normas rabínicas creen que los fieles de otra religión que descienden de padre judío, deben convertirse al judaísmo para ser judíos ellos también, como ocurre con quienes carecen de ascendientes judíos. En definitiva: según los judíos ortodoxos y conservadores, sólo son judíos de nacimiento los hijos de madre judía, aunque practiquen otra religión, sean agnósticos o ateos; sin embargo, si estos son hijos de padre judío, pero de madre no judía, deben incorporarse formalmente al judaísmo para ser judíos.

Los rabinos reformistas y sus seguidores, sin embargo, también reconocen la condición judía a los hijos de padre judío y, por supuesto, a quienes se convierten al judaísmo con los ritos aprobados por ellos mismos, que los ortodoxos impugnan. De todos modos, a lo largo de la historia, también en la actualidad, no han faltado personas que siendo judíos según la legislación rabínica ortodoxa, conservadora o reformista, desconocen esa identidad o, por las más variadas razones, se desinteresan por ella, la ocultan o la rechazan.

Al tratar la cuestión demográfica, constataremos que persiste la disparidad de criterios para definir quién es y no es judío. Sigue siendo un asunto complicado. Por eso tantos judíos pueden fácilmente hallar razones de peso para afirmar o negar ese aspecto de su identidad, según aconsejen la prudencia o el interés. Y por eso también, algunos admiten aceptar como judíos a quienes así se reconozcan. ¿Motivos para hacerlo? Muy variados: religiosos, familiares, históricos, lingüísticos, políticos, artísticos u otros. De todos modos, pensamos nosotros, alguna base habrán de tener.

El debate trasciende la mera especulación, pues, por ejemplo, cualquier judío del mundo puede alegar determinados derechos ante el Estado de Israel. Por lo demás, en no pocos países occidentales —donde vive

casi la totalidad de la diáspora judía— ser judío sigue despertando ciertos recelos entre la población, quizá por la dificultad que tenemos los seres humanos para aceptar la diversidad con naturalidad. En todas partes —también en nuestra avanzada civilización occidental— diferenciarse de la mayoría social suele generar brotes de desconfianza. Hace años Edward W. Said, palestino y profesor en varias universidades norteamericanas, afirmaba que el concepto *Oriente* era una de las imágenes europeas —reflejada en toda una cultura material— más utilizadas para referirse a «lo otro» y consideraba al orientalismo en su rama islámica y al antisemitismo dos manifestaciones de la aspiración «occidental» por controlarlo todo en beneficio propio.

En cualquier caso, es parcial limitar la «identidad judía» a quienes profesan los preceptos del judaísmo, pues abundan los judíos que no los practican y aumentan los que se han declarado agnósticos, ateos, o han creído en la divinidad de Jesús y se han hecho cristianos, o han optado por otros credos. Tampoco es válido el concepto de raza para aglutinar a los judíos, ya que no todos descienden de la misma estirpe —aunque escasos, desde siempre ha habido conversos al judaísmo— y basta conocer a unos cuantos miembros de algunas de las comunidades judías extendidas por los cinco continentes para advertir las diferencias físicas entre ellos. No hay una *fisonomía* o un *físico* judíos, aunque pueda pensarse lo contrario. Es igualmente incorrecto identificar a los judíos como una nación, pues ni todos viven en un mismo territorio, ni están regidos por un único gobierno, ni sus tradiciones culturales son lo suficientemente homogéneas para agruparlos de esa forma.

¿Qué son, pues, los judíos? Desechados los conceptos anteriores, no nos queda más remedio que recurrir a un término muy general que, precisamente por su falta de determinación, es ideal para englobar a personas tan heterogéneas: los judíos son un *pueblo*.

Ciertamente, como se ha escrito, los judíos no comparten una lengua común, rasgo fundamental para identificar a un pueblo. Sin embargo, bastantes son conscientes de compartir un patrimonio histórico, cultural y/o religioso común. Así lo prueba, como veremos, el insistente apoyo al Estado de Israel —que no siempre a las controvertidas decisiones políticas de sus gobernantes— de tantas comunidades judías de la diáspora. Por todo ello y por la indeterminación antes mencionada, pensamos que el término *pueblo* designa con propiedad a ese conjunto de personas que, por una u otra razón, podemos identificar como judías.

Especulando sobre las causas de las contrariedades sufridas por los judíos a lo largo de la historia o de su preferente dedicación a ciertos oficios, algunos autores han concluido que existen determinadas «actitudes» y «mentalidades judías». En la misma línea, otras tradiciones hablan de una mayor disposición física a padecer ciertas enfermedades. Son estos temas extremadamente complejos, cuyas conclusiones dependen de investigaciones médicas, psicológicas e incluso antropológicas sobre las que aún queda mucho por avanzar. Lo más probable es que si alguna vez se llega al final de ese camino se concluya que no existen tales «actitudes», «mentalidades» y «predisposiciones físicas» judías.

El antropólogo estadounidense Melvin J. Konner calificó hace años de *mito* considerar a los judíos como un pueblo calmado y dado al estudio, que rehúye luchar, así como la idea del judío siempre lamentándose y sollozando. El mencionado profesor recuerda que el antiguo Israel, el judaísmo del Templo y la *Torá* nacieron con violencia y que, a pesar de sus grandes sufrimientos, cada generación judía ha sabido festejar la vida. De todos modos, añadimos nosotros, las reacciones de las comunidades judías a lo largo de la historia —como las de sus propios miembros en particular—

han variado continuamente y sería quimérico establecer un modelo único de comportamiento.

Para algunos, el rechazo social que los judíos han sufrido en distintos períodos de la historia occidental les diferencia de otros grupos humanos y constituye, por tanto, una nueva razón para agruparlos. Esa exclusión sería además fundamental para explicar los vínculos que, a pesar de su dispersión geográfica, mantienen tantos judíos. Es más: según esta opinión, el desprecio que soportaron sus antepasados sigue siendo un rasgo de identidad que comparten quienes se consideran judíos «de cabeza» (educación judía) pero no «de corazón» (rechazo del judaísmo y de la historia de su propio pueblo), quienes lo son de corazón pero no de cabeza, quienes lo son de cabeza y de corazón y quienes, no siéndolo de corazón ni de cabeza, son judíos según la Ley judía (hijos de madre y/o padre judíos, en función de las corrientes religiosas judías), al margen e incluso en contra de sus propios deseos. A juicio de quienes defienden esta teoría, el antisemitismo es una fábrica de desprecios hacia todo lo judío que además de caracterizar a sus víctimas, ha favorecido un sentimiento de interdependencia entre ellas y ha contribuido a su supervivencia.

Ser judío sigue siendo un inconveniente en buena parte del mundo, porque la identidad judía aún arrastra prejuicios negativos en no pocas sociedades. Y esa carga, que puede resultar insostenible si las circunstancias empeoran, no es fácil de aligerar. ¿Quién tiene la culpa de que, hasta cierto punto, el rechazo haya continuado a lo largo de la historia? Por desgracia, no siempre las grandes civilizaciones se han mostrado tolerantes con sus minorías y esa puede ser una de las causas de tales recelos.

Pero cabe plantearse también, como hizo Bernard Lazare ya en 1894 (fecha de la aparición de su estudio sobre el antisemitismo), si esa animadversión es consecuencia de la insociabilidad de los propios

judíos. Esta, siguiendo su razonamiento, podría deberse de un lado al exclusivismo político-religioso de la Ley judía, por estimular el orgullo y el deseo de aislamiento; otro motivo sería la preocupación por los intereses mundanos que, según Lazare, constituye un aspecto del carácter hebraico y que generaría envidias en sus perseguidores. El problema de esta explicación es su punto de partida, por basarse en la existencia de un carácter hebraico que, en realidad, no existe.

Los prejuicios antijudíos persisten cuando falta información, cuando se conocen parcialmente los hechos y se emiten como consecuencia juicios confusos y erróneos. Además, el intento por alcanzar la verdad resulta imposible cuando personas o instituciones no quieren admitir o asumir desaciertos históricos o cuando, por ejemplo, injusticia y arbitrariedad han conducido a representantes de algunos gobiernos israelíes —bandera de «lo judío» ante la opinión pública internacional— a tomar decisiones que repelen en casi todo el mundo. La posibilidad de aclarar malentendidos seculares o de encontrar una paz que beneficie a todos se torna imposible cuando fanáticos de las tres grandes religiones monoteístas, nacionalistas políticos radicales, sectarios racistas o materialistas intransigentes no quieren escuchar, reconocer las culpas y pedir perdón y sólo encuentran en la violencia del tipo que sea el único camino para imponer sus criterios a los demás.

En los próximos capítulos recordaremos, trazando una línea de continuidad y basándonos en material ya publicado, eventos y avatares que han marcado la historia del pueblo judío. La estructuración del libro por períodos históricos o, como al final, por temas concretos, no ha impedido la introducción de aspectos colaterales que, ajenos en apariencia al propósito de la obra, complementan datos e interpretaciones y están presentes en la trama de fondo.

Conviene detenernos brevemente para recalcar la importancia que en este recorrido tienen la religión y sus

consecuencias vitales, a las que hemos dedicado un epígrafe específico y que, por plantearse de una u otra forma en todas las vidas, se manifiesta en todas las épocas. Desde los tiempos de la Ilustración, la sociedad occidental ha sufrido una crisis progresiva en su relación con Dios. Aunque multitud de ciudadanos occidentales han procurado y procuran vivir con perspectiva sobrenatural, es obvio que en estos dos últimos siglos se ha producido una creciente secularización en nuestra área cultural, que se aleja de valores judeocristianos que han constituido su fundamento.

Sin embargo, cualquier ciudadano occidental que intente descifrar o analizar nuestra civilización debe conocer esos valores, aceptar su influencia pasada y su fuerza presente, además de preguntarse por su proyección futura. La visión sobrenatural o, al menos, la capacidad para comprender la importancia de la religión en la historia, resulta imprescindible para entender la vida de los judíos, cristianos y musulmanes practicantes desde su nacimiento hasta su muerte. Son hoy por hoy, en total, muchos cientos de millones de personas, con una historia multiseccular, un gran porvenir y creciente influencia mundial.

La relación con Yahvé fue desde el principio «señal fuerte» de identidad del pueblo judío. Insistimos en ello: no puede comprenderse a fondo dicha identidad sin conocer ese vínculo sobrenatural, y sin reconocer su trascendencia en la milenaria vida cotidiana de los judíos antes y después de dispersarse por el mundo. Este requisito es indispensable también para los propios judíos, con independencia de que uno crea o no en la existencia de Dios y en su relación especial con Israel. En este caso, negar, restar importancia o ridiculizar la existencia misma de un pacto entre Dios y su pueblo —al margen, vuelvo a repetirlo, de que uno se lo crea o no— impide entender la propia historia, en cuanto descendiente de ancestros que vinculan a un

grupo concreto. Y eso porque la unión con Yahvé se reflejó desde el primer momento en leyes y costumbres, mantenidas desde milenios hasta hoy y, también, porque la religión ha sido hasta hace nada, y sigue siendo para muchos, la causa principal del nexo multiseccular de los judíos entre sí y con una tierra determinada: Israel.

Como tantas otras iniciativas que surgen a diario en el mundo, es también propósito de esta obra contribuir a mejorar el conocimiento entre los seres humanos y a fomentar la mutua ayuda, con independencia de las legítimas diferencias que hay. Consideramos la pluralidad de razas, etnias, pueblos, culturas, civilizaciones, continentes, países y regiones una mera circunstancia, siempre accidental por comparación con esa igual dignidad que compartimos por nuestra condición de *personas*, que nos capacita para salir de nosotros mismos y entrar en comunicación con los demás.

Por razones de espacio y ajuste en la colección *Breve Historia*, el texto tratará de ofrecer con rigor y carácter divulgativo una visión global de la historia del pueblo judío, sin extenderse en excesivos detalles ni profundizar en debates teológicos, historiográficos o políticos. Confío en que, al acabarlo, el lector haya logrado esa síntesis que el libro pretende, despejando de una vez por todas las numerosas dudas que surgen sobre la historia de un pueblo que ha tenido, y sigue teniendo, tanta influencia universal. Remitimos, por tanto, a la bibliografía especializada al lector que desee ampliar la información.

Acabo agradeciendo su continuado apoyo y estímulo a mi familia y amigos y, especialmente, su paciencia, amabilidad y sabios consejos a José Luis Ibáñez Salas, director de la colección *Breve Historia*.

1

Desde los comienzos (h. s. XIX a. C. - s. I a. C.)

LA ÉPOCA DE LOS PATRIARCAS Y LA FORMACIÓN DE ISRAEL

Conocer el pasado requiere disponer de fuentes que aporten información sobre lo que sucedió. Suele ocurrir que, cuanto más lejos en el tiempo están los eventos que deseamos conocer, menos son los testimonios conservados que permiten arrojar luz sobre lo acontecido. De hecho, para reconstruir los períodos más largos de la vida humana (Paleolítico, Mesolítico y Neolítico, este último aproximadamente y variando según los lugares, del 6000 al 3000 a. C.), sólo contamos con restos materiales. Precisamente a fines del Neolítico surgieron los poblados que dieron origen a las primeras civilizaciones (c. 3000 a. C.).

El escenario geográfico de estos importantísimos cambios fue el Creciente Fértil, así denominado por el arqueólogo estadounidense del siglo pasado James Henry Breasted, debido a la forma de luna creciente del territorio. Un área situada entre mares y desiertos y bañada por los ríos Tigris y Éufrates (Mesopotamia), Jordán (Canaán)

y Nilo (Egipto) que, al seguir una evolución distinta al resto del mundo puede considerarse también una específica *región histórica*. Siglos antes había empezado a usarse el cobre en Europa y Asia, dando comienzo una nueva etapa en la evolución tecnológica que denominamos Edad de los Metales (subdividida a su vez, según se utilizan nuevos materiales, en Edad del Cobre, Edad del Bronce y Edad del Hierro).

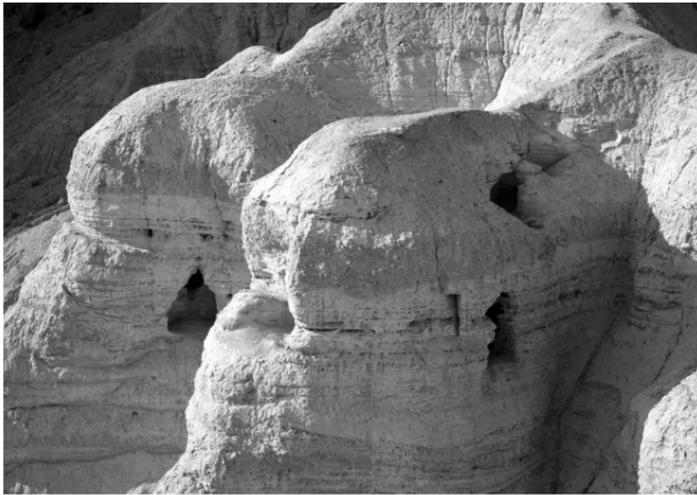
Pero mientras la mayor parte del mundo seguía en plena Edad de Piedra —con la excepción de una Europa prehistórica que usa ya el metal— el empleo del cobre en el Creciente Fértil coincidió con el desarrollo de la escritura y, por tanto, con el comienzo de la Historia. En efecto, fue en esta zona donde se desarrollaron las primeras representaciones de palabras o ideas, con signos trazados en una superficie. Y gracias a ello y a lo avanzado de estas primeras civilizaciones, para conocer su pasado milenario disponemos de fuentes más numerosas y variadas que en otras áreas: una rica *cultura material* (restos óseos humanos y animales, vestigios de flora silvestre y de especies vegetales cultivadas, ruinas de construcciones, tumbas, representaciones artísticas o de culto, herramientas de trabajo, objetos suntuarios, armas, monedas, utensilios domésticos y otras piezas de barro, piedra, metal y marfil) y, además, fuentes escritas (inscripciones en lápidas, sellos de piedra, fragmentos de cerámica escrita y cientos de tablillas con diversos sistemas de escritura).

Interesa mucho tener todo esto en cuenta porque el Creciente Fértil fue escenario de la constitución y consolidación del pueblo hebreo, del que nos ha llegado más información que de muchos otros pueblos de la Antigüedad. Siendo no pocos los testimonios indirectos encontrados en excavaciones mesopotámicas, cananeas y egipcias, disponemos sobre todo de una fuente excepcional para conocer a los israelitas: la Biblia. Formada esta, como veremos, por distinto número de libros según

preguntemos a judíos o a cristianos (también difieren católicos y protestantes), la Biblia es considerada principalmente palabra de Dios por los creyentes de esas religiones y portadora, por tanto, de un mensaje trascendente. Pero además, la mayoría de los especialistas piensan que la Biblia es un magnífico instrumento para reconstruir el pasado del pueblo judío y coinciden en tres afirmaciones básicas de gran importancia: los fundamentos teológicos y jurídicos de la Biblia son muchos siglos anteriores a su puesta por escrito; los textos muestran una gran continuidad, como consecuencia de la consistencia y raigambre de las creencias de los judíos; y es casi segura la inclusión de relatos posteriores a los hechos narrados y a las circunstancias en que se expusieron las enseñanzas.

La Biblia es, pues, una fuente excelente —teniendo en cuenta la variedad de géneros literarios que utiliza y los principios arriba indicados— para conocer la historia antigua, especialmente la de los israelitas. Y a pesar de que libros bíblicos históricos como los del Pentateuco (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) fueron redactados en fechas muy posteriores a los hechos que narran, reflejan fielmente la *memoria colectiva* y custodian la identidad de un pueblo que, considerando las calamidades sufridas desde hace milenios, a nadie extrañaría que ya hubiera desaparecido. Todos, también los más desconfiados, tenemos una prueba excelente de la fidelidad de los escribas judíos al transcribir sus textos sagrados: los manuscritos bíblicos del mar Muerto, fechados entre los siglos II a. C. y I d. C. y descubiertos en cuevas cercanas a Qumrán (Israel) en 1947, son muy parecidos a escritos posteriores que se conocían hasta entonces. De hecho, y con gran diferencia, hay muchas más garantías de autenticidad sobre la Biblia que sobre cualquier otro escrito de la Antigüedad.

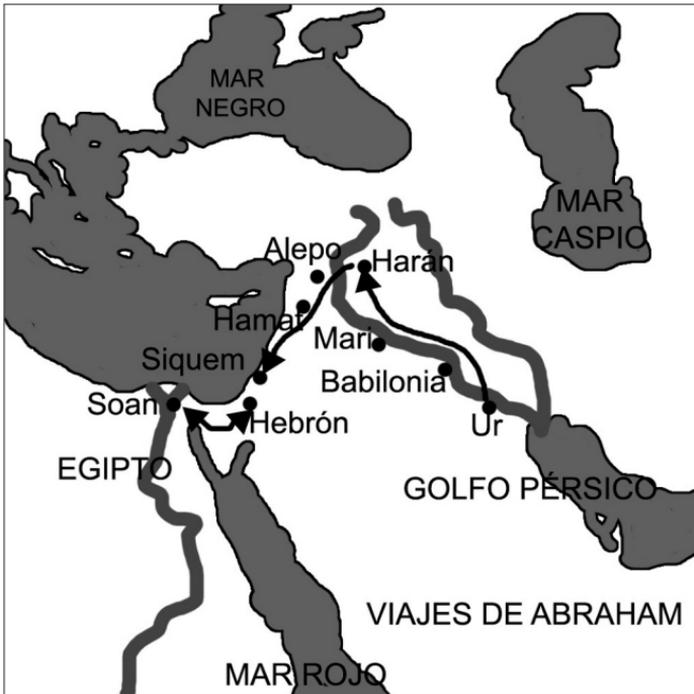
¿Y qué dice la Biblia de aquellos tiempos? Ya su primer libro, el Génesis, tras dedicar los 11 capítulos ini-



La mayor importancia del hallazgo de Qumrán es que hay textos bíblicos encontrados que concuerdan con los más antiguos conocidos hasta entonces (ss. IX y X d. C.) de la versión hebrea de la Biblia —usada también en la traducción cristiana del Antiguo Testamento— y prueban, por tanto, la milenaria fidelidad de su transmisión.

ciales a cuestiones fundamentales sobre la historia universal (creación del mundo inanimado y animado, creación del hombre y la mujer, aparición del mal y sus primeras consecuencias, genealogía de patriarcas antediluvianos, diluvio, repoblación de la Tierra y comienzo de la diversidad de lenguas, genealogía de Abrán), se centra desde el capítulo 12 en la historia de quien cambiará su nombre de Abrán por Abraham (h. s. XIX a. C. - h. s. XVIII a. C.), origen del pueblo hebreo. Esa particular atención que merece el futuro patriarca tiene, según el Génesis, una razón de ser: su especial elección por Yahvé o, dicho de otro modo, su *vocación*.

Abrán había marchado con su padre desde la ciudad caldea de Ur hasta la ciudad de Harán. Allí,



Tras marchar de Ur con su padre y muerto este en Harán, cuenta el Génesis que Yahvé dijo a Abrán: «Vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré». Y así lo hizo Abrán, patriarca venerado por los fieles de las tres religiones monoteístas.

nacido ya su hijo Ismael, fruto de la unión con su esclava egipcia Agar, Abrán oyó de Dios unas palabras que, por su trascendencia para comprender la historia del pueblo judío, hemos de transcribir:

Yo soy El Saddy [nombre divino de época patriarcal], anda en mi presencia y sé perfecto. Yo establezco mi Alianza entre nosotros dos y te multiplicaré sobrema-

nera. [...] Por mi parte esta es mi Alianza contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos. No te llamarás más Abrán, sino que tu nombre será Abraham, pues te he constituido padre de una muchedumbre de pueblos. Te haré fecundo sobremanera, te convertiré en pueblos y reyes saldrán de ti. Y estableceré mi Alianza entre nosotros dos y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: una Alianza eterna, de ser Yo tu Dios y el de tu posteridad. Te daré a ti y a tu posteridad la tierra en la que andas como peregrino, todo el país de Canaán, en posesión perpetua y Yo seré el Dios de los tuyos.

La señal de tal Alianza fue, por orden divina, la circuncisión de los varones. Así se hizo con Ismael y con el pequeño Isaac, nacido de la anciana Sara, esposa de Abraham. Según el Génesis, la continuidad de ese pacto especial recayó precisamente en Isaac. Y tras prometer Yahvé a Abraham que haría de su hijo mayor un gran pueblo, la egipcia Agar e Ismael —de quien descienden los ismaelitas y el propio Mahoma, según el fundador de la religión musulmana— fueron despedidos.

La vida continuó, cambiando de sitio según se agotaban los pastos para el ganado y aparecían otros nuevos. Isaac engendró a Jacob, que suplantó a su hermano mayor Esaú durante la bendición paterna y a quien, como sabemos, se llamó *Israel* tras luchar contra un ser misterioso, «porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres y le has vencido». Llevado por el hambre, Jacob/Israel y su familia se trasladaron a Egipto, donde el patriarca acabó sus días. De sus descendientes surgieron las llamadas *doce tribus de Israel*.

Parece que la estancia de los israelitas en Egipto se prolongó durante varios siglos (h. XVII a. C. - h. XIII o XII a. C.). De la esclavitud que sufrieron —al menos en las últimas centurias— en el país de los faraones fueron liberados por Moisés, quien, según el conocido relato



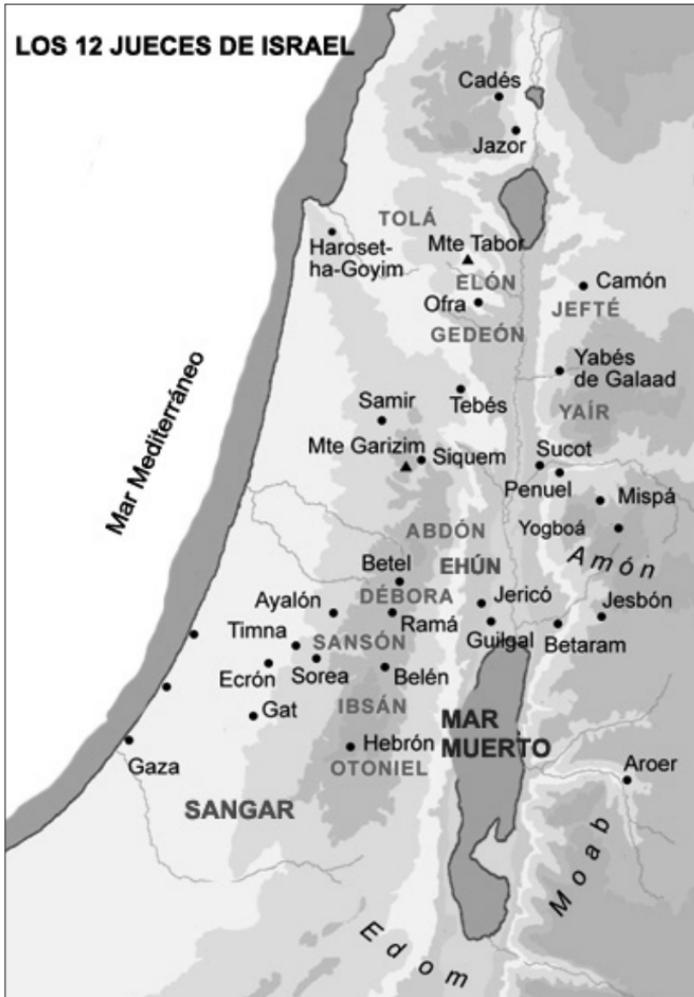
Las duras plagas enviadas por Yahvé a los egipcios acabaron forzando al faraón a autorizar la salida de Egipto de Moisés y de los esclavos hebreos. Durante la larga travesía por el desierto rumbo a Canaán tuvo lugar, entre otros hechos extraordinarios, la Alianza entre Yahvé y los israelitas.

del Éxodo, contó con ayuda divina para lograrlo. Diez plagas soportaron los egipcios. Tras la décima, que acabó con sus primogénitos, los israelitas obtuvieron su liberación, como sigue recordándose durante la Pascua judía. Moisés cumplía libre y fielmente su misión, aunque la Biblia revela que el éxito estaba siendo posible por

contar con el favor de Yahvé. La figura de Moisés constituye un hito decisivo tanto en la creación de la vida nacional de Israel, como en su inseparable identidad religiosa. El hecho clave fue la teofanía ('manifestación divina') que tuvo lugar en el monte Sinaí, fuera ya de Egipto. Allí, según los textos bíblicos, se estableció una Alianza especial y Yahvé reveló el Decálogo.

Aunque alcanzara a sus descendientes, el pacto de Yahvé con Abraham había sido personal y su señal se limitaba a la circuncisión. Pero la Alianza del Sinaí, ratificada por los israelitas, auténtico *contrato vinculante* entre dos partes, les convirtió en «propiedad» de Yahvé, «nación santa y pueblo consagrado», comprometiéndoles de lleno al recibir una ley de origen divino que aceptaron cumplir: el Decálogo, es decir, los Diez Mandamientos. Esta ley, desarrollada después con el llamado Código de la Alianza y ampliada posteriormente con nuevas prescripciones, constituye desde entonces el núcleo esencial del judaísmo. En adelante, Yahvé pudo exigir la observancia a esos mandatos, algunos similares a preceptos de otros pueblos y otros completamente novedosos («no tendrás otros dioses, ni harás esculturas o imágenes de la divinidad, santificarás el sábado...»). Contando a menudo con intermediarios (jueces, sacerdotes, profetas...), Yahvé recordará continuamente a los israelitas que deben cumplir su voluntad e intervendrá constantemente para manifestar su amor a sus elegidos, protegerles y liberarles de sus enemigos. La Biblia rebosa de tales ejemplos.

Moisés había iniciado la ocupación de la tierra prometida y, a su muerte, ocurrida hacia el siglo XIII a. C., Josué fue elegido por Yahvé para dirigir a las tribus israelitas en su conquista de Canaán, habitado entonces por poblaciones heterogéneas. El objetivo se conseguirá. Como estos hechos son más cercanos en el tiempo que los relatos bíblicos de la época patriarcal, disponemos ya de restos arqueológicos que evidencian ciudades cananeas destruidas en los estratos correspondientes a los siglos XIII y XII a. C., aunque aún care-



Establecidas las tribus en Canaán y, a pesar de los reiterados pecados de los israelitas, Yahvé suscitó jueces carismáticos para ayudar a su pueblo. Este, bajo un gobierno todavía tribal, se encuentra rodeado de enemigos.

ceмос de base material suficiente para demostrar una clara diferenciación entre las culturas cananeas e israelita. Esta es una de las razones por las que se piensa que algunos israelitas no marcharon a Egipto y siempre permanecieron en Canaán o que unas tribus llegaron mucho antes que otras.

El territorio conquistado fue repartido en tres etapas (la primera en vida de Moisés) entre las tribus formadas por descendientes de la mayoría de los hijos de Jacob (Rubén, Simeón, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín), con dos excepciones: por una parte, los clanes constituidos por los descendientes de Efraín y Manasés, hijos de José y nietos por tanto de Jacob, recibieron tierra por separado (por eso no consta la tribu de José en el reparto); por otra, la tribu de Leví, dedicada al sacerdocio y sin autonomía política, sólo obtuvo residencia en ciudades esparcidas entre todo el pueblo (asegurando así a los demás el servicio sacerdotal) y derechos sobre los pastos circundantes.

La historia israelita comenzó entonces una nueva época, la de los Jueces (h. 1200-1000 a. C.), relatada en el libro bíblico de ese nombre. Una vez más, Yahvé volvió a solucionar los problemas que ahora surgieron durante el asentamiento de las tribus en Canaán. Para vencer a moabitas, madianitas y filisteos, entre otros, y a pesar de la fragilidad del monoteísmo del pueblo y de sus flaquezas morales, Yahvé suscitó la aparición de unos personajes de especial autoridad denominados *jueces* (los principales, Otniel, Ehúd, Débora, Gedeón, Jefté y el famoso Sansón). Los israelitas, sin embargo, carecían todavía de unidad política.

ESPLENDOR MONÁRQUICO: SAÚL, DAVID, SALOMÓN

Nos detendremos a continuación en el período monárquico; y, en aras de la claridad expositiva,

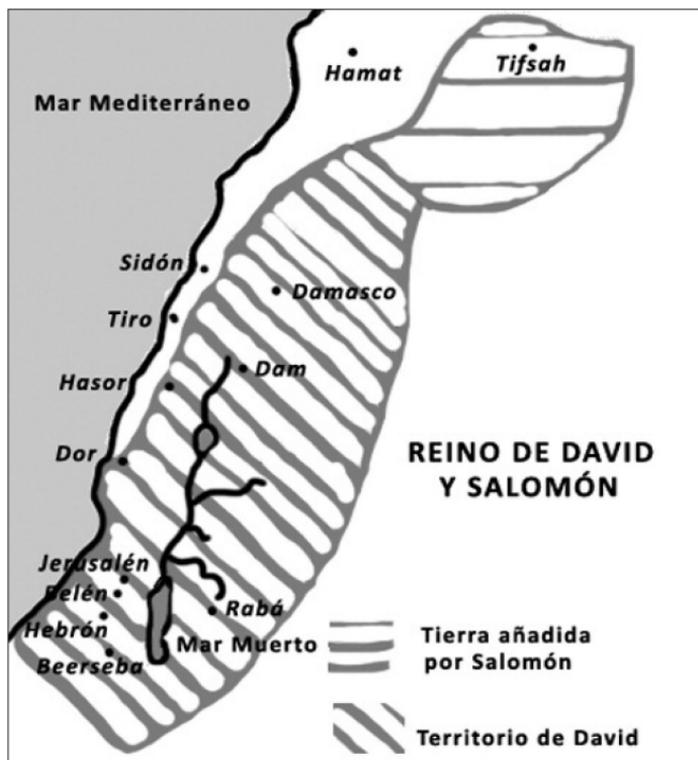
indicaremos para comenzar varios hitos cronológicos que convendrá tener en cuenta:

- h. 1020 a. C.: comienzo del período monárquico: Saúl, primer rey.
- h. 1000 a. C.: Jerusalén, capital del reino de David.
- h. 960 a. C.: primer Templo en Jerusalén, en tiempos del rey Salomón.
- h. 930 a. C.: división en dos reinos: Judá e Israel.
- 722-720 a. C.: el reino de Israel es vencido por los asirios. Exilio de 10 tribus.

Samuel, intercesor ante Yahvé, juez y jefe guerrero contra los filisteos, protagoniza en la Biblia la transición entre la etapa de los jueces y el período monárquico. El cambio político se narra de dos maneras: la primera explica el origen de la monarquía como consecuencia de una petición popular, mientras que en la segunda se muestra como resultado del deseo divino: Saúl, primer rey, fue designado a suertes, pero había recibido antes la unción de Samuel por voluntad de Yahvé.

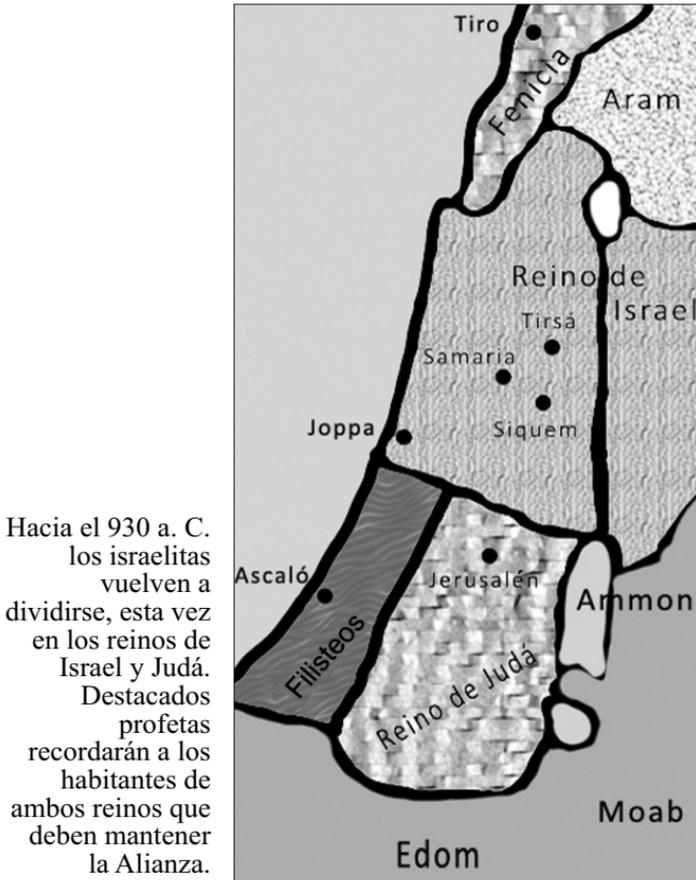
Saúl estableció su corte en Gueba, cerca de Jerusalén, y durante su breve reinado (1020-1010 a. C.) se enfrentó a los enemigos del pueblo. Venció a los amonitas y luchó contra los filisteos, pero fue rechazado por Yahvé por no destruir completamente a los amalecitas. A su séquito se incorporó David, quien por sus éxitos (venció al filisteo Goliat) y virtudes, despertó la envidia del monarca y tuvo que huir. El propio David dio muestras de fidelidad al rey cuando, estando este a su merced, cortó parte de su manto pero le perdonó la vida. Al saberlo, Saúl rompió a llorar y aseguró a David que reinaría sobre Israel.

A Saúl le sucedió, por tanto, David (1010-970 a. C.), también ungido por Samuel. Miembro de la tribu de Judá y ascendiente del Mesías según judíos y cristianos,



Los reinados de David y de su hijo Salomón fueron un tiempo glorioso para Israel. Se acabó la división política de las tribus, Jerusalén se convirtió en capital del reino y agradó a Yahvé el regalo del templo que Salomón quiso hacerle.

David es un personaje apasionante, versado en éxitos y fracasos, dechado de virtudes y escarmentado sin cesar por sus defectos. Rey, guerrero, poeta y músico, David ha dejado en la Biblia una huella indeleble: su vida y obra aparecen de uno u otro modo en los libros Samuel, Reyes y Crónicas, atribuyéndosele, además, la autoría de decenas de salmos.

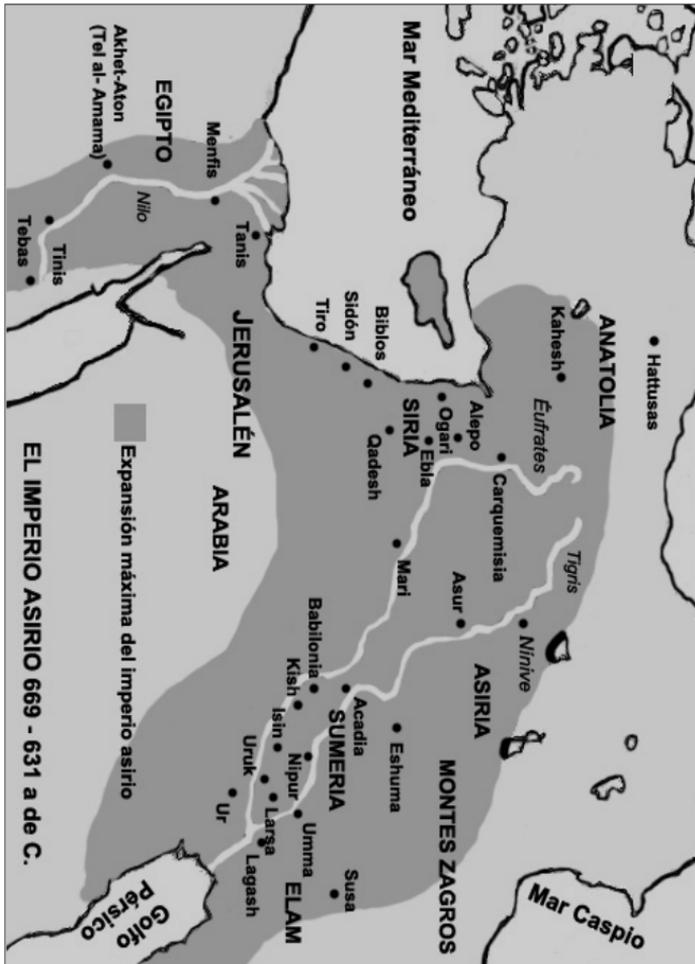


Aparte de su particular relación con Yahvé y de la importancia teológica que le asignan las religiones mono-teístas, David destacó igualmente como político: elegido al principio rey de Judá y después también de las tribus de Israel, unificó en su persona —que no institucionalmente— los reinos meridional y septentrional en que se habían dividido los clanes al morir Saúl, y amplió y consolidó sus

territorios. Gracias a su habilidad militar, los israelitas se extendieron hacia el norte y el este de Canaán y conquistaron Jerusalén, a la que el monarca convirtió en capital del reino. Al ordenar instalar en ella el Arca de la Alianza, símbolo de la presencia divina fabricado en tiempos de Moisés, hizo de la ciudad el centro del culto a Yahvé para todas las tribus. Estas, además, en época de David y de sus sucesores, fueron diluyéndose —a pesar de perdurar en la memoria colectiva— en clanes asentados en territorios, al tiempo que el nomadismo dio paso a una vida más sedentaria.

Ciertamente, el reino de David no era equiparable a grandes imperios de la Antigüedad como el hitita, el egipcio, el asirio o el babilónico; pero, junto con el de su hijo y sucesor Salomón, fue el más extenso y fuerte de la historia de Israel. Sin embargo, este relativo esplendor fue considerado secundario por los cronistas bíblicos, una y otra vez empeñados en destacar la suprema importancia de permanecer fieles a la Alianza con Yahvé. Tal recordatorio, persistente e insólito por comparación con las costumbres vecinas coetáneas, distinguió a los israelitas de los pueblos circundantes y contribuyó a conformar su peculiar identidad.

El rey Salomón (970-931 a. C.) aprovechó la buena herencia de su padre David. También predilecto de Yahvé, afirma el libro segundo de las Crónicas, Salomón recibió además el don de la sabiduría, que sin duda empleó para lograr ventajosos tratados con naciones extranjeras. Será precisamente Salomón quien lleve a cabo la aspiración paterna de construir un Templo en Jerusalén. Erigido en lo alto de una colina, de estructura rectangular y dividido en tres partes (pórtico, lugar santo y pequeño santuario oscuro para custodiar el Arca de la Alianza), el Templo daba a un amplio patio y estaba rodeado por un muro que también cercaba otros edificios importantes, como el palacio real. A pesar del esfuerzo que implicó, el Templo constituyó todo un acontecimiento en la historia de los israelitas y reforzó el culto a Yahvé, aunque parte del pueblo siguió celebrando ceremonias idolátricas.



Las disciplinadas infantería y caballería del ejército asirio infligieron un duro golpe al pueblo de Yahvé: desapareció el reino de Israel, se dispersaron sus diez tribus y el reino de Judá hizo lo que pudo para contentar a la poderosa monarquía asiria.

Sucedió a Salomón su hijo Roboán, quien negó a los clanes del norte reducir los trabajos y tributos impuestos por su padre. Tal actitud acentuó las diferencias culturales y geográficas entre los territorios y provocó la división del reino en dos: Israel o reino del norte, más grande pero también más inestable, y el reino de Judá, al sur. Hemos de tener en cuenta, sin embargo, que aunque la denominación de *Israel* se haga coincidir con el reino del norte, por acoger a un mayor número de descendientes de Jacob/Israel, dicho nombre engloba también a todos los habitantes del reino del sur, por ser igualmente *israelitas*, es decir, herederos del patriarca y miembros por tanto de esa Alianza especial con Yahvé de la que todos participan. Por eso en ambos reinos los profetas recordaron la necesidad de ser fieles a la Alianza, aunque la partición política pronto contribuyera a aumentar las diferencias religiosas.

Considerando los acontecimientos históricos que fueron sucediéndose, el escritor estadounidense Howard Fast reconoció hace décadas la importancia de los buenos tiempos de la monarquía en la idiosincrasia del pueblo judío, al tiempo que reivindicaba la trascendencia del fracaso posterior en la forja de su identidad:

David es parte del espíritu judío y de su viabilidad. Pero si el grande y vasto imperio construido por él y su hijo Salomón hubiese durado más de lo que duraron sus vidas, no habrían existido judíos como tales, como la historia los conoce. Los imperios que perduran producen romanos, no judíos.

DOS REINOS HASTA LA DISPERSIÓN DE LAS TRIBUS

Conocemos la historia de los reinos de Judá y de Israel hasta la conquista asiria de este último (entre el 930 a. C., aprox., y el 720 a. C.) gracias a varias fuen-

tes, unas israelitas —libros bíblicos de los Reyes, Crónicas, Amós, Oseas y Jeremías— y otras asirias y babilonias. Contamos además con descubrimientos arqueológicos de importancia, como la estela inscrita por orden de Mesa, rey de Moab, o el obelisco del rey asirio Salmanasar III —ambos de mediados del s. IX a. C.— que aportan datos que verifican y complementan informaciones de la Biblia.

Los escritos afirman —y otros materiales confirman— que durante casi dos centurias, Israel y Judá permanecieron como entidades políticas diferenciadas, aunque sus habitantes siguieran formando un único pueblo. Sabemos también que el hierro llevaba usándose varios siglos y que la mayoría de los israelitas vivía de la agricultura, algunos menos de la ganadería y sólo unos pocos del escaso comercio. ¿Cómo evolucionaron ambos reinos?

Varias fueron las dinastías que gobernaron Israel, donde los descendientes de Efraín, hijo de José y, por tanto, nieto del patriarca Jacob, alcanzaron mayor preponderancia que los de otras tribus. La inestabilidad fue casi constante y, durante buena parte de su existencia soberana, el territorio dependió de influencias exteriores. El primer monarca, Jeroboam I, acabó fijando en Tirsá la capital, prohibió peregrinar a Jerusalén y rechazó el culto a Yahvé. Tras un período de rápida sucesión de reyes, subió al trono Omrí (885-874 a. C.), que rigió con mayor fortaleza. Sin embargo, no le faltaron dificultades y, aunque derrotó a los moabitas, fue vencido por los sirios, continuos enemigos de Israel, cuando no aliados obligados para rechazar las embestidas de Asiria, la potencia superior. Omrí mandó construir la ciudad de Samaria, trasladó allí su capital y fundó una dinastía que al menos consiguió perdurar varias décadas (hasta el 841 a. C.).

Los reyes de la nueva dinastía de Yehú (841-748 a. C.) se enfrentaron a los arameos tras derrotas

que recortaron ampliamente el territorio e, incluso, arremetieron contra Judá, llegando a poseer temporalmente Jerusalén. Con Jeroboam II (784-744 a. C.) el reino septentrional extendió sus fronteras a costa de los sirios y logró su mayor prosperidad material. Sin embargo, en las postrimerías de su gobierno, el país comenzó a debilitarse y así continuó con sus sucesores. Pronto tuvo que someterse a la poderosa Asiria, a la que llegó a pagar tributo, y no tardó en sucumbir por completo ante sus implacables ejércitos.

Judá, reino del sur con capital en Jerusalén, alcanzó menos relevancia que Israel. Roboán, hijo de Salomón, siguió reinando sobre la zona asignada décadas antes a la tribu de Judá y sobre la mayor parte del espacio adjudicado a los descendientes de Benjamín. En general, podemos afirmar que en Judá fueron sucediéndose reyes sin brillo político alguno, que no pocas veces hubieron de luchar contra Israel. En la valoración posterior que se ha hecho del período, se destacan sin embargo tres aspectos que diferencian a Judá de Israel, su vecino septentrional: Judá mantuvo su independencia un siglo y medio más, fue regido ininterrumpidamente por monarcas de la dinastía de David y logró perpetuar la Alianza con Yahvé a pesar de transgredirla en ocasiones. Y es que entre las tentaciones sincréticas religiosas que vivió Judá cabe citar el culto temporal a Baal, deidad venerada por los pueblos semitas, a la que se levantó un templo en Jerusalén, como lo tuvo también en Samaria, capital del reino del norte.

Una vez más, los acontecimientos se interrelacionan. Desde su formación como pueblo, el mero transcurrir del tiempo había contribuido a forjar en los israelitas una identidad común, esto es, un conjunto de rasgos propios que les caracterizaba frente a otros grupos coetáneos y vecinos. Pero, de vez en cuando, el *fuego* se avivaba con hechos o personajes clave que conferían una especial intensidad a

ese proceso. Precisamente, la peculiar evolución de los reinos del norte y del sur propició el comienzo de la actividad profética, fundamental para comprender tanto la posterior historia judía como el judaísmo y el cristianismo, que interpretarán las revelaciones de distinta manera.

En la Biblia, la palabra *profeta* (llamado en hebreo *nabí*, ‘inspirado’, y a veces *roéh*, ‘vidente’) pronto se reservó para designar al que hablaba en nombre de Yahvé. En realidad, el don de la profecía no era nuevo, pues ya lo disfrutaron Abraham y Moisés. Y, mientras el reino se mantuvo unido, también habían surgido notables profetas, como Samuel y Natán. Pero tras la división política la actividad profética se hizo especialmente intensa, primero en el territorio independiente del norte (Elías, Eliseo, Amós, Oseas) y desaparecido este, como veremos, en Judá. En los textos bíblicos, el inspirado se considera instrumento cualificado para conocer la voluntad divina en el presente, interpretar o descifrar hechos del pasado y, en otras ocasiones, para avisar o informar sobre acontecimientos futuros destinados a salvar o a sancionar.

Varios son los mensajes proféticos que deseamos destacar. Para el político y escritor israelí Abba Eban, la idea mesiánica es la más revolucionaria de todas. A diferencia de las culturas griega y romana, y de tantas otras, que sitúan en el pasado sus épocas doradas de perfección, generando así pesimismo ante el futuro, la concepción judía de la historia es esperanzadora y optimista, pues marcha hacia adelante y hacia arriba, ascendiendo a la perfección. En efecto, según los profetas que vivieron en época de la división de los reinos, los mejores tiempos estaban por llegar.

Ello no obsta para que reconocieran, y este es otro aspecto que conviene recalcar, que tantas veces hubiera de rectificarse el rumbo. De hecho, fueron frecuentes las críticas y condenas proféticas a Israel por apartarse de la Ley divina, tanto adorando a falsos dioses como practicando



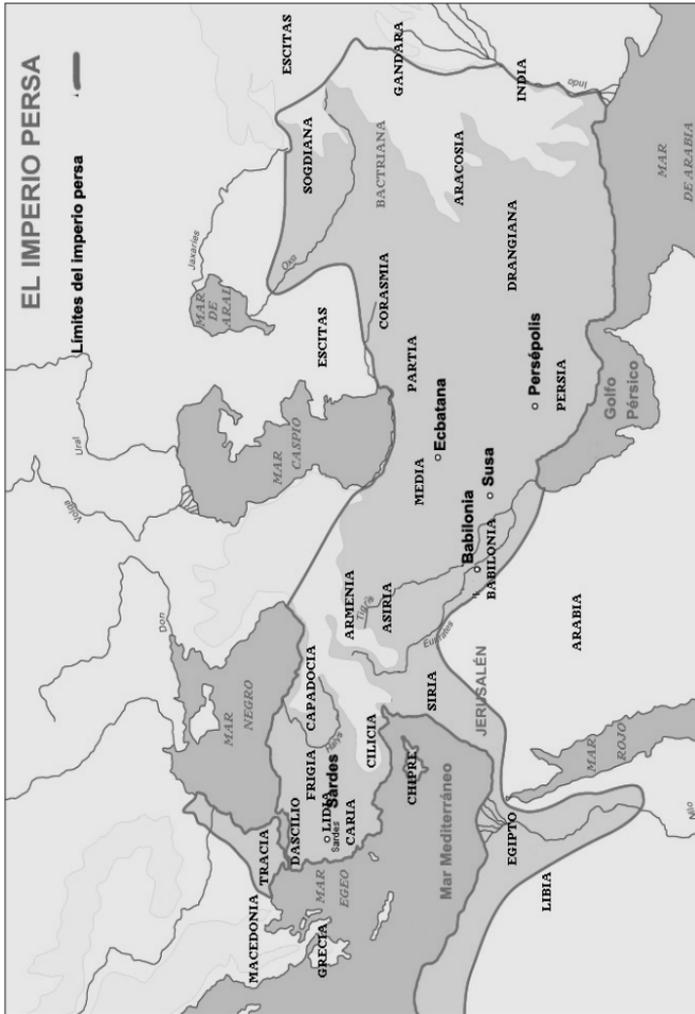
El ansia expansiva del rey babilonio Nabucodonosor conllevó la destrucción del primer Templo de Jerusalén y la deportación de muchos israelitas a Babilonia. El salmo 137 revela la añoranza causada por aquella pérdida.

una religiosidad completamente artificial. Abundan las acusaciones, exhortaciones y amonestaciones a Israel por sus pecados. Y ante el cúmulo de sacrificios vanos y de ritualismo hipócrita que sólo servía para autojustificarse y continuar obrando iniquidad, Yahvé respondió con esas memorables palabras que puso en boca del profeta Amós:

Yo detesto, aborrezco vuestras fiestas, no me aplacan vuestras solemnidades. Si me ofrecéis holocaustos... no me complazco en vuestras oblationes, ni miro vuestros sacrificios de comunión de novillos cebados. ¡Aparta de mí el ronroneo de tus canciones, no quiero oír la salmodia de tus arpas! ¡Que fluya, sí, el derecho como agua y la justicia como arroyo perenne!

Poco tiempo le quedaba al reino del norte. Los asirios, pueblo mesopotámico ducho en combates, habían resurgido con fuerza tras una larga decadencia y, durante su Imperio nuevo (934-610 a. C.), llegarían a sojuzgar a numerosos pueblos. La tremenda eficacia del ejército asirio facilitó su expansión por Oriente Próximo, incluyendo Siria y varias poblaciones fenicias. Como a sus predecesores, el afán imperialista caracterizó también al cruel Salmanasar V, que en el 722 a. C. comenzó la conquista del reino de Israel. Tras ser asesinado, acabó la invasión su sucesor, el usurpador Sargón II (721 a. C.). Y siguiendo una exitosa tradición iniciada décadas antes, el rey asirio procedió a disgregar a la población del territorio conquistado, para evitar resistencias. Los intentos de sublevación que surgieron meses después no hicieron más que intensificar esa estrategia.

Los israelitas que continuaron viviendo en su tierra se mezclaron con los extranjeros que llegaron. Surgió así la nueva etnia de los *samaritanos*, quienes, a pesar de admitir progresivamente el monoteísmo, no fueron aceptados por el clero de Jerusalén. Pero la mayoría de los



El rey persa Ciro II el Grande fue condescendiente con el pueblo judío: permitió a los deportados volver a Judea, pudiéndose construir un nuevo Templo en Jerusalén.

habitantes del reino del norte fueron exiliados a otras tierras controladas por Asiria, donde se unieron y asimilaron con otros pueblos, perdiendo su fe, su lengua y sus costumbres. Son las llamadas *tribus perdidas de la casa de Israel*, que casi todos los historiadores consideran desaparecidas y algunos siguen buscando. Hay quien asegura que ciertos grupos residentes en Uzbekistán, en India y en otros países asiáticos descienden de los expulsados. Más notorio es el caso de la población etiope que, tras siglos practicando los preceptos básicos del judaísmo, fue reconocida en 1975 por el Rabinato Central de Israel como *Beta Israel* ('casa de Israel'). Gracias a ello, desde 1977, el Gobierno israelí decidió emprender varias acciones (entre ellas, la secreta Operación Moisés de 1984) para transportar a miles de esos etíopes desde África al Estado judío, donde actualmente residen.

BAJO IMPERIOS EXTRANJEROS: ASIRIA, BABILONIA, PERSIA, PTOLOMEOS Y SELEUCIDAS

Conforme fue asimilándose la nueva situación, la palabra *Israel* redujo progresivamente su significado anterior para limitarse de hecho a designar a los descendientes de Judá y de Benjamín, que se salvaron de la debacle. De todos modos, sí se conservaron tradiciones y documentos del reino del norte, quizá llevados al sur por israelitas que escaparon a tiempo de los asirios. Este material sería más tarde utilizado por el desconocido recopilador del Libro de los Reyes, quien para escribir su obra seleccionó eventos ocurridos en ambos reinos, registrándolos así para la posteridad.

La desaparición del reino del norte dejó una profunda huella en su vecino meridional, que en tiempos del rey Ajaz (736-716 a. C.) se hizo vasallo de Asiria para preservar su independencia. Su hijo y sucesor Ezequías (716-687 a. C.), iniciador de una reforma

religiosa que acabó con ídolos y prácticas paganas, trató en vano de resistir el poderío asirio: buena parte de Judá fue devastada, aunque Jerusalén se libró. Tras acceder a la demanda asiria de pagar tributos, Judá logró preservar su relativa independencia, aunque rodeada por territorios controlados por la potencia mesopotámica. Así continuaría décadas.

A lo largo de este tiempo (ss. VIII-VII a. C.) Judá fluctuó entre la fidelidad a la Alianza (reinados de Ezequías y Josías) y la adopción de dioses y cultos paganos (reinados de Manasés y Joaquín). La Biblia muestra a destacados profetas, como Isaías y Jeremías, recordando a Judá la necesidad de adorar y ser dóciles al único Dios. Unas veces escuchados y otras rechazados, los profetas transmitieron a Judá variados mensajes divinos de ánimo ante ataques exteriores, así como palabras de esperanza o de amenaza y también lamentos y críticas por la hipocresía de una vida tan llena de piedad externa como vacía de virtudes.

Mientras, en Oriente Próximo cambiaba el escenario político. Muerto el rey asirio Asurbanipal, que acabó la conquista de Egipto iniciada por su padre pero no pudo mantenerla, el cada vez menos poderoso Imperio mesopotámico sufrió un rápido proceso de decadencia: buena parte de Babilonia se independizó (626 a. C.) y Media dejó de tributar. En el 612 a. C. las tropas del monarca babilonio Nabopolasar y del rey medo Cíaxares conquistaron Nínive, capital de Asiria, y acabaron definitivamente con el reino dos años después. Los vencedores se repartieron el desaparecido imperio: los medos optaron por regiones que facilitarían su expansión al Cáucaso, mientras los babilonios escogieron territorios pensando controlar las grandes rutas comerciales del Creciente Fértil.

A la vez, Egipto se recuperaba. Interesados el faraón Samético y después su hijo Neco en extender su influencia por el Mediterráneo, lucharon contra Josías, rey de Judá.

Derrotado el monarca en Meggido (609 a. C.), donde murió, Judá pasó a depender de Egipto, que impuso como rey al despótico Joaquim, hijo de Josías pero fiel servidor del faraón. Poco duraría gobernando. En el 605 a. C. los babilonios, al mando de Nabucodonosor, lograron una importante victoria sobre los egipcios en Karkemish. El resultado pronto afectó a Judá: Jerusalén fue conquistada (597 a. C.) y el rey y tres mil habitantes del reino —entre los que se encontraba el profeta Ezequiel— fueron desterrados a Babilonia. Lo peor, sin embargo, estaba por llegar.

Durante 10 años, en Judá permaneció como regente Sedecías, hermano del monarca preso, que había jurado fidelidad al emperador babilonio. Pero mientras el profeta Jeremías le aconsejaba sobrellevar con paciencia ese dominio, buena parte de sus cortesanos le incitaban a lograr una autonomía total. Por fin, el monarca decidió dejar de pagar tributos al emperador babilonio, proclamando así la independencia efectiva. De inmediato, Nabucodonosor se puso al frente de sus ejércitos y en poco tiempo invadió la mayoría de las poblaciones de Judá, hasta llegar a Jerusalén, que se había pertrechado para defenderse. Pero poco podía hacer una pequeña urbe frente a las poderosas huestes babilonias y, meses después, cayeron los muros de Jerusalén, produciéndose una gran matanza (586 a. C.). Entre los edificios incendiados se encontraba el Templo construido en tiempos de Salomón, cuyos sacerdotes acabaron asesinados. Como castigo, una parte importante de la población fue deportada a Babilonia y Godolías fue nombrado gobernador de Judá, donde permanecieron los más pobres. Cuando Godolías fue asesinado, Nabucodonosor envió nuevas tropas de castigo, que destruyeron, en el 584 a. C., lo poco que quedaba en pie.

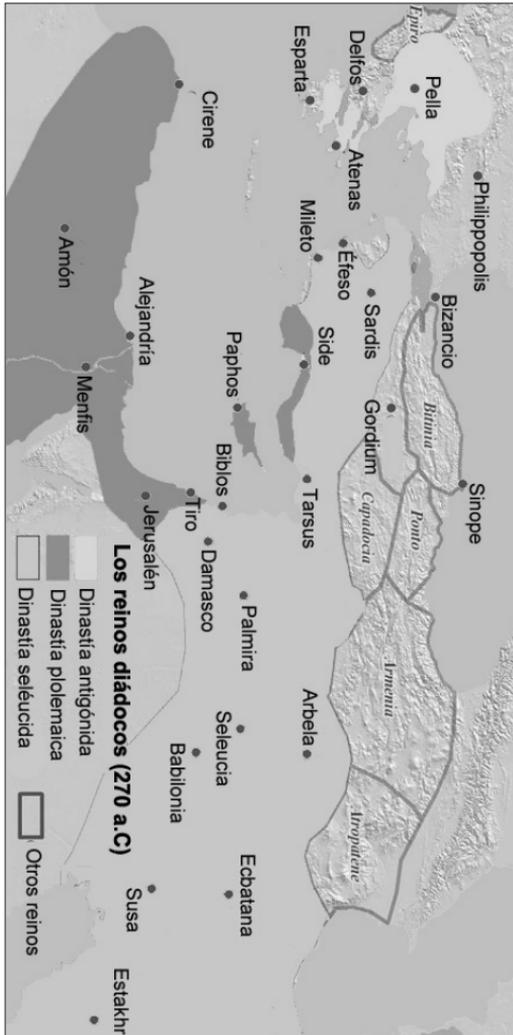
En tal situación, sólo cabía esperar la desaparición de los judíos. Fuera de su patria y dispersos por los extensos territorios de Babilonia, los expatriados de

Judá aprovecharon el margen de libertad concedida por Nabucodonosor y decidieron no mezclarse con los paganos que les rodeaban, seguir viviendo según sus costumbres y permanecer fieles a su religión. Despertó en ellos un sentido tan fuerte de *lo propio*, que la cautividad en Babilonia constituye una época fundamental en la historia judía.

En esos años de destierro, el judaísmo perdió su base territorial y la independencia política y la residencia en una misma tierra dejaron de ser vínculos de unión. Se compartía precisamente la falta de territorio propio y, sobre todo, la religión. Otra de las grandes novedades del exilio fue la aparición de una institución comunitaria que, en el futuro, llegaría a ser fundamental: la sinagoga. Faltos de un templo donde reunirse, surgió con naturalidad un lugar alternativo para rezar juntos y fortalecer el espíritu de la Alianza. Profetas como Ezequiel procuraron mantener en el pueblo la fidelidad a Yahvé.

Desde la segunda mitad del siglo VI a. C. el Imperio neobabilónico dio muestras de debilidad, mientras se fortalecían pueblos vasallos y antiguos aliados. En Persia, la dinastía meda fue vencida hacia el 570 a. C. por Aquemenes, un jefe local. Nació así la dinastía aqueménida, cabeza del Imperio persa (550-330 a. C.). A ella perteneció Ciro II el Grande (559-529 a. C.) que, al incorporar Babilonia a sus dominios, se convirtió en el mandatario de los cautivos desterrados de Judá. Considerado generalmente un monarca benevolente con los nuevos vasallos que ganaba con sus conquistas, en el 538 a. C. Ciro dictó un beneficioso edicto para los hebreos, al permitirles regresar a Judá y edificar un nuevo Templo en Jerusalén.

La mayoría, sin embargo, optó por continuar viviendo donde ya estaba. Los más de 40.000 que volvieron, denominados por los samaritanos *judíos* (originalmente, ‘miembros de la tribu de Judá’), encontraron su gran motor de cohesión social en la reconstrucción de Jerusalén y en la reedificación de su Templo, consagrado el 515 a. C. Comenzó



Muerto Alejandro Magno, sus generales (diádocos) se repartieron sus dominios y fundaron nuevas dinastías. Judea quedó bajo el poder de la dinastía ptolemaica.

así el llamado *Período del Segundo Templo*, nueva etapa en la historia del judaísmo. Ante un pueblo que volvía a mezclarse con otros, el escriba Esdras fue uno de los encargados de mantener la ortodoxia; para ello, emprendió una revitalización espiritual, consiguiendo hacer de las leyes religiosas la norma de conducta sancionada por la autoridad civil. Una auténtica teocracia que, sin embargo, fue aceptada por los persas.

Esta autonomía vigilada continuó en Judea durante la posterior dominación griega (332-167 a. C.). Vencido el rey persa Darío en Issos y de camino hacia Egipto, el macedonio Alejandro Magno (357-323 a. C.) se apoderó de Siria y ocupó Judea, sin entrar en Jerusalén. El joven monarca extendió su poder en Egipto, donde fundó Alejandría, y partió hacia Persia, que también sometió. Pero su pronta muerte causó la desmembración del imperio que, tras años de luchas, acabó dividiéndose entre sus generales Ptolomeo (Egipto), Seleuco (Asia anterior) y Antígono (Macedonia), cabezas de nuevas dinastías helenísticas (ptolomeos o lágidas, seléucidas y antigónidas, respectivamente).

Para entonces, podemos hablar ya de la existencia de una auténtica diáspora —término procedente del griego *diaspeiro*, ‘dispersión’— entre otras razones porque muchos judíos habían decidido permanecer donde estaban tras el decreto de Ciro. Había judíos en Mesopotamia (más o menos el actual Iraq), Persia (Irán) y, cada vez más, en las colonias seléucidas de Asia Menor (hoy Turquía). En general, el encuentro con la próspera y cosmopolita civilización griega benefició a muchos judíos y abrió su mente, pero planteó la conveniencia o no del proceso de *asimilación cultural*. ¿Podrían los judíos aprovechar los avances griegos y rechazar lo que, desde el punto de vista religioso, muchos consideraban un claro retroceso? ¿Tenían ellos además algo relevante que ofrecer a ese mundo?

Desde luego, el hechizo helénico originó en la diáspora nuevas manifestaciones culturales: la lengua hebrea

y la aramea fueron progresivamente sustituidas por la griega, variaron temas y enfoques filosóficos y se filtraron prácticas religiosas sincréticas. Sin embargo, hubo también intercambio y difusión de ideas judías, como lo prueba la traducción al griego de los textos bíblicos originales. Conocida como *Septuaginta* o *Versión de los setenta* y escrita, según parece, por petición del rey Ptolomeo II en el siglo III a. C., esta Biblia ha ejercido enorme influencia: enriqueció la lengua griega con términos teológicos nuevos, fue usada por comunidades judías de la diáspora y los evangelistas la emplearon para citar el Antiguo Testamento que, a su vez, fue traducido de ella al latín vulgar en el siglo V d. C. (*Vulgata*); la *Septuaginta* es, además, el texto veterotestamentario que actualmente sigue reconociendo la Iglesia ortodoxa.

Por lo que respecta a Judea, quedó asignada al reino de Egipto tras la división del Imperio de Alejandro Magno. El territorio estuvo entonces bajo control de los ptolomeos (321-200 a. C.), aunque después fue incorporado por los seléucidas (200-164 a. C.). La concentración de población judía, la pervivencia de hábitos familiares y la lejanía de las principales ciudades griegas, facilitaron que Judea preservara las costumbres tradicionales. Aun así, crecieron las tensiones entre los judíos helenizantes y los *hassidim* ('piadosos'), fieles a un judaísmo sin mezclas. Y, mientras, prosiguió la redacción de variados textos —Eclesiastés, Eclesiástico, Ester, parte de Proverbios, quizá algunos salmos, Libro de Enoc, Daniel— que, con posterioridad y según los casos, se incluyeron en los cánones judíos y/o cristianos de Escrituras Sagradas.

MACABEOS Y ASMONEOS, UNA SAGA FAMILIAR DE INTERESES DIFERENTES

Conocemos esta nueva etapa de la historia del pueblo judío gracias a fuentes como los cuatro libros

denominados Macabeos, ninguno de los cuales forma parte del canon judío, mientras los dos primeros están incluidos en el canon cristiano de la Biblia. De todos modos, la información más completa del período procede de los escritos de Flavio Josefo, historiador judío del siglo I d. C., matizada y ampliada con material arqueológico y con textos como los encontrados en algunos manuscritos del mar Muerto. La gran novedad respecto a la época anterior es que, tras siglos de dominación extranjera y como consecuencia de una rebelión, Israel disfrutó de independencia política durante casi un siglo.

Antes de nada y para evitar confundirse, resulta conveniente hacer algunas aclaraciones. Desde el comienzo de la insurrección que dio origen a la liberación del yugo seléucida (h. 166 a. C.), hasta el inicio de la intervención romana (63 a. C.), en Judea el protagonismo político y religioso perteneció a la familia sacerdotal asmonea. Sin embargo, en estos años se establece una división entre el tiempo de los macabeos (166-134 a. C.) y la dinastía asmonea (134-63 a. C.): la primera etapa abarca, pues, la revuelta del sacerdote Matatías y de sus tres hijos contra los reyes seléucidas; la segunda comienza con Juan Hircano —hijo de Simón Macabeo y nieto, por tanto, de Matatías— que, aun sin coronarse rey, gobernó como un auténtico monarca y cuyos descendientes, la mayoría tiranos, se interesaron más en ampliar los límites del país que en cuestiones religiosas. Precisamente por eso, los libros I y II Macabeos —incluidos, como hemos indicado, en la Biblia cristiana— refieren la historia de Matatías y de sus hijos, mientras que, para conocer la historia de la dinastía asmonea, hemos de recurrir a otras fuentes, especialmente a Flavio Josefo.

El giro violento que experimentó Judea durante la primera mitad del siglo II a. C. fue consecuencia de la agresiva política helenizante emprendida por



En respuesta a la afrenta seléucida, Matatías y sus hijos se rebelaron contra los opresores extranjeros. Ocupó el lugar del padre su hijo Judas, llamado Macabeo, a quien elogia el libro I de los Macabeos (3, 3-4). Otros miembros de la misma familia continuarían las conquistas.

los seléucidas. Estos monarcas no pudieron —o no supieron— sopesar los riesgos que entrañaba forzar en Judea todo un cambio existencial. El judaísmo y el helenismo diferían completamente en cuestiones básicas, como el concepto de Dios, la noción del ser humano, la idea del orden moral, el significado de la libertad... Quien quisiera imponer en el pueblo judío nuevas creencias sobre todo aquello considerado fundamental, estaba condenado al fracaso. Y empeñarse en el intento suponía, desde luego, desconocer por completo la *identidad judía*, que a esas alturas de la historia mostraba ya nítidos rasgos propios.

La puesta en práctica de las órdenes del rey Antíoco IV, encaminadas a unificar culturalmente a Judea con su entorno y que implicaban establecer cultos paganos, provocó en el territorio fuerte oposición interna (169-168 a. C.). El sacerdote Matatías y sus hijos encabezaron entonces una gran revuelta popular contra la política seléucida (h. 166 a. C.). Muerto el padre pocos meses después, su hijo Judas, apodado Macabeo ('el martillo') dirigió un ejército de judíos disidentes que, gracias a sus tácticas de guerrilla y aprovechando la muerte de Antíoco IV, entró triunfante en Jerusalén y purificó el Templo, como se sigue conmemorando durante la fiesta judía de *Hanuká*. Judas fue nombrado sumo sacerdote y gobernador y, a su muerte, le sucedieron sus hermanos Jonatán y Simón, último de los macabeos (hasta 134 a. C.).

Juan Hircano, hijo de Simón, inició la dinastía asmonea en el año 134 a. C. Y contando con la aprobación de Roma, emprendió una eficaz política expansionista que tuvo como resultado la anexión de Idumea y de Samaria (en el sur y en el norte de Judea, respectivamente). Continuaron esa estrategia de ampliar fronteras sus hijos Aristóbulo I y especialmente Alejandro Janneo, a quien sucedió su viuda Alejandra durante unos años. Muerta esta, estalló una guerra civil entre los partidarios

de sus hijos, Hircano II, sucesor natural, y Aristóbulo, quienes acudieron al arbitraje de Roma, que acababa de anexionarse Siria. La poderosa potencia mediterránea tuvo que derrotar al hermano pequeño e Hircano fue nombrado etnarca ('gobernante') y restablecido como sumo sacerdote. De hecho, Israel pasó en el 63 a. C. a depender de Roma.